

29 de mayo de 2013

**Pontificia Universidad Javeriana**  
**Facultad de Filosofía**  
**Maestría en Filosofía**  
**Seminario de Sloterdijk**  
**Profesor: Dr. Fernando Cardona**  
**Estudiante: Carmen Ruiz**

---

**Protocolo a la sesión del 22 de mayo de 2013**  
**y**  
**Relatoría:**  
**“Retrospectiva” y “Perspectiva”**  
**En Peter Sloterdijk, *Has de cambiar tu vida*, pp. 555 – 574**

---

**I. Protocolo.**

Tras la lectura del protocolo a la sesión anterior, algunos de los primeros comentarios giraron en torno al “dejarse hacer”. El “dejarse hacer” no es totalmente pasivo pues supone la acción de consentimiento de dejarse hacer. Hay dos formas antropotécnicas contemporáneas: la primera, cuidarse, ese es un sujeto ejercitante, va por la línea del cuidado de sí; la segunda, dejarse cuidar. La idea de la pérdida de la conciencia en el terreno político/jurídico implica ascesis desespiritualizadas que “dejan hacer”.

Por el contrario, el *Dasein* está condenado a estar en el mundo. Heidegger quiere estar presente en el momento de no estar presente. Es el momento de la autenticidad de la existencia. Tiene una concepción todavía vigilante del sujeto. En cambio, Sloterdijk nos señala la anestesia como problema existencial, gracias a ella el sujeto puede no estar. Si no, no sería posible el dejarse hacer. Heidegger responde al problema de la técnica con la palabra *Gelassenheit* (serenidad) que propiamente debería traducirse como desasimiento, y eso es un dejar ser a la técnica. No olvidemos la diferencia entre *techné* y *Teknic*.

Una vez acabada la exposición, el director del seminario nos planteó: ¿cuál es el objeto del capítulo y cuál es el tono? Estamos hablando de lo más próximo, de lo que significa ser hombre ahora. Sí, pero, ¿cuál es el tema? Digamos que el asunto central de *Has de cambiar tu vida* es ético. Esto lo retomaremos al final del libro con la parte titulada “Perspectiva”. El pensador de Karlsruhe está tomando posición en la discusión con Heidegger sobre *ethos*, *anthropos* y *daímon*. El impacto de “has de cambiar tu vida” sólo se puede oír en la medida en que puede cambiar el *ethos*. Es la diferenciación ética entre la porquería y el separarse de la porquería para alcanzar lo perfecto. Una de las condiciones existenciales del ser humano es ver, alcanzar y ejercitar lo mejor. Los griegos lo tenían claro, hablaban de la *areté*, lo excelente. Pero la dificultad estriba en

que se trata de ser siempre excelente y cada vez más excelente, y no sólo en una cosa sino en todas y además ser excelente para todos.

La ética está involucrando el conjunto de la existencia y nos proponemos ejercicios. El capítulo 12 establece la distinción entre ejercicios y ejercicios malos. El mundo contemporáneo es la democratización de lo fallido, de las ejercitaciones malogradas. Lo que hay es excelencias normalizadas, achatadas porque han perdido la tensión vertical, pero la diferencia está entre el ejercicio que llega a su fin y el que no.

El mundo contemporáneo quiere soslayar la repetición; ante esto, Sloterdijk toma una posición crítica (en la perspectiva de la Escuela de Frankfurt). Este asunto tiene que ver con la noción de mimesis de Platón. Lo que tenemos ahora son simulacros de la repetición. La existencia se “estropea” (así como el miembro del cuerpo que no se ejercita se atrofia) cuando no se ejercita y también cuando se sobre-ejercita o se ejercita mal. En los ejercitantes contemporáneos está primando el medio. Si hay algo que el mundo contemporáneo quiere evitar es la repetición. Pero no es perdurable una ejercitación sin repetición. Parecería que nuestras oscilaciones están entre la Edad de Hierro y la Edad de Plata.

No perdamos de vista que este capítulo 12 que estamos comentando tiene diecisiete apartados. Sloterdijk tiene un problema de estilo, apuntó el director del seminario: podría pensarse entonces que hay diecisiete momentos o afirmaciones y, así, el lector tiende a perder la unidad de los momentos. El autor está tomando posición frente a un problema muy clásico: lo específicamente humano es existir, pero no de cualquier manera; lo específicamente humano es diferenciar entre las formas de la existencia. Y esa diferenciación no es inocente. No existen ejercitaciones inocentes. Vida es vida elegida. Ante la duda que planteó uno de los asistentes con respecto a que sólo parecen elegir algunos, los primeros éticos, mientras que los ejercitantes modernos parecen autómatas, el director aclaró que la existencia es una existencia corporeizada y que Sloterdijk está pensando más nietzscheanamente que aristotélica o tomísticamente.

Desde el comienzo del texto, Sloterdijk ha tratado la relación del hombre con el entorno, es decir, del proceso de inmunización. Hacemos un hombre nuevo, pero no en el sentido romántico sino en el de la supervivencia. Dice que tenemos tres esferas, tres estructuras inmunológicas. Sobre el sustrato biológico, en gran parte automatizado e independiente de la conciencia, se han ido desarrollando en el hombre, en el transcurso de su desarrollo mental y sociocultural, dos sistemas complementarios encargados de una elaboración previsor de los daños potenciales: por un lado, un sistema de prácticas socio-inmunitarias, especialmente las jurídicas o las solidarias, pero también las militares, con las que los hombres desarrollan, en la “sociedad”, sus confrontaciones con agresores ajenos y lejanos y con vecinos ofensores o dañinos; por otro lado, un sistema de prácticas simbólicas, o bien psico-inmunológicas, con cuya ayuda los hombres logran, desde tiempos inmemoriales, sobrellevar más o menos bien su vulnerabilidad ante el destino, incluida la mortalidad, a base de antelaciones imaginarias y del uso de una serie de defensas mentales<sup>1</sup>. El libro que hemos estado leyendo parece

---

<sup>1</sup> Cfr. Adolfo Vásquez Roca. “Peter Sloterdijk: *Has de cambiar tu vida*; prácticas antropotécnicas y constitución inmunitaria de la naturaleza humana”. En *Observaciones Filosóficas* 13/2011.

operar en el plano simbólico, psico-inmunológico. Como entenderemos en las páginas finales, *Has de cambiar tu vida* es una llamada, y también un intento, para generar un nuevo tejido simbólico,

¿Qué es el hombre hoy? Un ser condenado a repetir. ¿Cuál es el problema entonces? El elemento mimético de esa repetición. Platón nos enseñó la distinción entre la verdad y la apariencia. Tenemos que distinguir entre repeticiones y repeticiones aparentes. Ese es el reto de la exhortación a cambiar nuestras vidas: no confundir el cambio con las apariencias de cambio.

Sloterdijk está pensando en términos escatológicos (creo que en las dos acepciones de escatológico: lo relativo a las postrimerías, lo apocalíptico, y lo relativo a la suciedad de la que hay que apartarse). Por eso las partes finales del libro llevan por título: “Retrospectiva” y “Perspectiva”. Aquí aparece “Adán”. Si estamos hablando del retorno contemporáneo de lo religioso, el primer hombre es decisivo porque con él empieza el tema de que hace cosas de las cuales no es totalmente responsable y de heredar el pecado. Adán fue condenado a vivir en la ascesis, tiene que enfrentar su costumbre y tiene que apartarse de las costumbres no permitidas. Desde entonces, “los seres humanos no habitan territorios, sino costumbres”<sup>2</sup>. Adán está condenado a ejercitarse; está, por tanto, condenado a la heterotopía ya que cambiar de *ethos* exige cambiar de *topos*. La ascesis no es optativa: si no hacemos eso, la muerte nos puede.

En ese orden de ideas, ¿cómo surge la mala costumbre? Con el pecado original. Hay que redimensionar los viejos conceptos para entender lo actual. En vez de preguntar: ¿de dónde el mal? Lo que ahora preguntamos es ¿de dónde vienen las malas costumbres? De reiteraciones fallidas. Hoy hablamos de la tesis de la expulsión del Paraíso como de un proceso de alienación. El hombre, sin embargo, puede suspender la alienación mediante la ascesis. La suspensión ascética de la alienación es el primer efecto de la diferencia ética. Ésta apunta a la deshabitación sistemática del sujeto respecto a las consecuencias reales de la Edad de Hierro y cuestiona el carácter definitivo de la condición postparadisiaca. Para liberar al individuo dedicado a las nuevas prácticas del bloque de realidades dominante, la revuelta ascética se aplica enteramente al punto más fuerte del adversario. La gran cura de deshabitación va dirigida, como muestra la historia de la ascesis, a los cinco frentes principales de la situación de necesidad: la escasez material, el carácter de carga de la existencia, el impulso sexual, la alienación y la involuntariedad de la muerte<sup>3</sup>.

1. Contra el hambre, que se ha convertido en un problema socioeconómico y político, pero no existencial. El hambre se vence ejercitando la virtud del hambre. La dignificación del hambre. La diferencia entre el asceta que aguanta hambre y el que tiene hambre por qué no tiene que comer. Esto lo veíamos en el capítulo 4 de la parte I titulado “El postrer arte del hambre”.

2. Contra la sobrecarga. La sobrecarga se vence sobrecargándose todavía más.

---

2 Sloterdijk, Peter. 2012. *Has de cambiar tu vida*. Barcelona: Pre-textos, p. 518.

3 Cfr. *Ibidem*, p. 529.

3. Contra la necesidad sexual, abstinencia. Sloterdijk nos indica que esto lo entendió muy bien Platón: es el procedimiento de la sublimación. Con él el deseo sexual asciende. El único problema sería sabotear esa ascensión.

4. Contra la dominación y la enemistad. En el cuarto frente la revuelta ascética suprime la alienación demostrando que el enemigo es uno mismo.

5. Contra el tener que morir. “Los héroes de la diferenciación ética acometen contra la muerte, transfiriéndola desde la esfera de esa necesidad abstracta y fatal de tener que morir a la esfera de las *capacidades* personales, superando el terrorismo de la naturaleza al que los mortales está sometidos desde tiempos inmemoriales”<sup>4</sup>.

El problema es que estas ejercitaciones están mediadas por una revuelta metafísica y estamos, sin embargo, en un mundo post-metafísico. El mundo contemporáneo ha sustituido lo ascético por lo técnico. Estamos ante una segunda Edad de Plata. Esa sustitución de la ascesis genera repeticiones malignas que irían por el lado de un *ethos*. Sloterdijk se detiene en tres tipos de repeticiones malignas:

— Repeticiones malignas I: la cultura de los “campos”. Está relacionado con la idea que también tiene Agamben del estado de excepción. ¿Cuál es el vínculo entre la inmunidad y el estado de excepción? Sería un buen tema para la discusión final, así como el de la relación entre la antropotécnica y la biopolítica, que ya ha sido planteado. Para ello, habría que estudiar primero qué es la biopolítica. Personalmente, carezco de los conocimientos suficientes. Pensamos que los campos están en la geografía política de Europa y no es así. La biopolítica los entiende como malignos generalizados. Como dice Zizek: el mundo del capital es el demoníaco. Las repeticiones malignas se han tomado el mundo.

— Repeticiones malignas II: la erosión de la escuela. La irrupción del falso, aparente maestro.

— Repeticiones malignas III: el sistema artístico referencial de la modernidad. El mundo del mercado es el del negocio los derivados, donde lo único que importa es el instrumento. En este punto leímos las palabras finales del capítulo 12:

Como el sistema del deporte corrompido con el *doping*, también el sistema del arte se encuentra en una encrucijada: o lleva hasta el final ese camino de corrupción generada por la imitación del efecto extraartístico en el sistema de exposiciones y de coleccionismo, dejando definitivamente al ámbito del arte como un lugar de recreo del *último hombre*, o reflexiona sobre la necesidad de recuperar en los talleres la imitación creativa, volviendo a readmitir allí la cuestión sobre cómo lo digno de repetición puede ser diferenciado de lo que no merece ser repetido<sup>5</sup>.

Vuelve el tema de la diferenciación ética con la que empezábamos la sesión. El director del seminario indicó que el tono (por el que preguntaba al comienzo de la discusión) que emplea Sloterdijk en este capítulo es sobriamente pesimista, incluso nostálgico. ¿Retrospectivo quizá? Enseguida pasaremos a comentar la parte que viene a continuación en el texto titulada “Retrospectiva”. Antes, quisiera añadir algunas

---

4 *Ibidem*, p. 535.

5 *Ibidem*, p. 554.

cuestiones más que pueden alimentar nuestra discusión posterior. La primera, es una duda que me surge: la de si existe diferencia entre las repeticiones aparentes y las malignas. La segunda, el tema del primer hombre y del último hombre en el que me gustaría que profundizáramos ahora que vamos a recorrer la trayectoria de reincrustación del sujeto en el mundo. El primer hombre es Adán, pero ¿y el último? ¿Es el hombre nuevo? ¿Es el hombre inmunizado? ¿No se pierde la inmunización con la mundanización? ¿El hombre nuevo todavía está por venir? Veámoslo.

---

## RELATORÍA

### **II. Retrospectiva.**

#### **De la reincrustación del sujeto en el mundo a la recaída en la preocupación total.**

Hacer una retrospectiva es recorrer la trayectoria de algo o de alguien. Sloterdijk nos invita a mirar desde el comienzo el recorrido del sujeto ejercitante. “Un fantasma ronda el mundo occidental, el fantasma de la religión”. Ésta era la primera frase del libro que hemos estado examinando. Rastreado ese fantasma descubrimos el fenómeno de la ejercitación como subyacente y común a todas las religiones y lo hemos seguido también. A eso responde el título de esta parte; el subtítulo, como vemos más adelante, sólo se explica desde Heidegger y su ser-en-el-mundo.

Hemos dicho que Sloterdijk nos invita a mirar hacia atrás: desde el Renacimiento y sus talleres hemos seguido la trayectoria de las formas modernas del ejercicio de formación del sujeto hasta, por ejemplo, los gimnasios actuales. Vemos que el resultado ha sido problemático, pues la modernidad, al mismo tiempo que hizo posible que los huidores éticos del mundo tuvieran cierta candidez mundana, les quitó, sin embargo, la posibilidad de diferenciarse radicalmente de él. Y eso era lo mejor de ellos.

El fenómeno de la huída, de la secesión, fue tratado por el autor de manera especial en el capítulo 2, “La cultura es el reglamento de una Orden”, y en el capítulo 6, “De la segregación de quienes se dedican a ejercitarse y sus soliloquios”. Sin duda, la modernidad ha reducido la distancia entre los refugios de los secesionistas y el inhabitado territorio de lo exterior. La desproporción entre el hombre y el ser es descrita patológica, política o estéticamente. Así no sólo se orienta la mejora del mundo y de uno mismo, sino la manera de enfocar los malentendidos incluidos en el concepto de “religión”. La medicina, las artes y la democracia son los instrumentos más eficaces para corregir la desproporción entre el hombre y el mundo. “Y cuando se trata de redirigir las fuerzas de la huida del mundo hacia una buena inmanencia, un más acá satisfactorio emite la luz suficiente como para eclipsar los efectos especiales del más allá”<sup>6</sup>.

La modernidad siempre se empeñó en traer de vuelta al mundo al ser humano que se había exiliado voluntariamente; en devolverlo a la realidad. Bajo el estatus de

---

6 *Ibidem*, p. 536.

ciudadanía de ser-en-el-mundo el hombre ya no es un expatriado, “los Estados Unidos de lo ordinario”<sup>7</sup> son ahora su patria, señala Sloterdijk no sin cierta ironía. El problema es que no se puede salir de esa facticidad y, en consecuencia, los enclaves de meditación y de distanciamiento del mundo van desapareciendo hasta producirse el achatamiento total de lo que antes fue una tensión vertical. La reincrustación en el mundo del sujeto ascéticamente retirado sólo es posible si esa ascesis y los ejercicios que conlleva se desespiritualizan: en esa patria empírica no hay monjes sino turistas, ni huída del mundo sino vacaciones.

Y, sin embargo, parecería que con esa mundanización del hombre de la modernidad se reconcilia lo que antes era irreconciliable: el hombre y el mundo, el espíritu y la vida, lo interior y lo exterior, la ética y la cotidianidad. Si algo propició la Ilustración fue la liberación del sujeto alienado por las ilusiones metafísicas y por las ficciones religiosas de una felicidad más allá de lo físico con la búsqueda de una felicidad real, mundana.

Estas pretensiones implican un complejo de formas de ejercicios vitales que Sloterdijk ha delineado a lo largo de estas páginas como ejercicios de los modernos. Los ejercitantes clave han sido los virtuosos técnicos, artísticos o intelectuales en los que el autor nos ha hecho fijarnos. ¿Qué les caracteriza? Que son auténticos mundos dentro del mundo, microcosmos, personalidades. Llevan en ellos el mundo y todo el mundo. Gozan todavía de un reaseguro metafísico en su giro hacia lo mundano y, por tanto, disfrutan de cierto apartamiento espiritual que parece que no se puede perder. Más adelante se vería que eso no era cierto pues “la Ilustración radicalizada del siglo XX hizo saltar los reservados de las “personalidades” inmunizadas en el ámbito del más allá o en su propia figura”<sup>8</sup>. Así como lo ilusorio se sacrificó en aras de la felicidad mundana, la prioridad del alma, convertida ahora en prisión del cuerpo, desapareció.

El precio que hubo que pagar por la remundanización del sujeto fue precisamente el de la desespiritualización del mundo interior. Era imposible pretender mantener microcosmos, reductos de evasión, mundos interiores intactos dentro del mundo real, fáctico. Los agentes de esta operación epocal en contra de la posibilidad de huída a mundos interiores, contramundos y trasmundos religiosos fueron según Sloterdijk, en primer lugar, el naturalismo y el socialismo pues en ambos planteamientos sólo puede considerarse real lo que puede tratarse con procedimientos técnicos. Es un pragmatismo elemental que se ve complementado por un moralismo despiadado. En efecto, ¿cómo puede darse lo moral en un mundo desespiritualizado si no es como moralismo? Es inevitable en este punto pensar que el autor está criticando el pragmatismo y moralismo imperante en los “Estados Unidos”.

Ahora bien, que, para Sloterdijk, el golpe decisivo contra la mera posibilidad de una existencia capaz de huir del mundo no venga del pragmatismo, sino de la nueva forma de pensar del primer Heidegger al ubicar la existencia como un ser-en-el-mundo, es algo que a quien escribe esta relatoría le resulta doloroso de admitir. Y, sin embargo, la explicación que nos ofrece el pensador de Karlsruhe es convincente. Para ello, retoma las expresiones heraclitianas utilizadas en el apartado “Nacimiento del individuo a partir

---

7 *Ibidem*.

8 *Ibidem*, p. 357.

del espíritu de secesión” del capítulo 6 cuando describió la salida del yo pensante del río de la vida y la conquista de la orilla. Ese paso hacia la teoría distanciadora, y con él, el aseguramiento del yo en su posición de espectador, queda anulado con el ser-en-el-mundo. Ya no apartamiento en la orilla ni distancia del mundo y, por tanto, el ser-en-el-mundo no puede ser el espectador, “bajo cuya mirada el mundo se convertía en un espectáculo, un espectáculo indigno, ciertamente, del que se apartará una inteligencia que está movida por la ética”<sup>9</sup>.

¿Naufragio sin espectador? A continuación viene una de las frases más líricas del libro: “Mediante el nuevo planteamiento y en medio de esa situación englobadora que se llama ser-en-el-mundo, explotaron las casas de cristal de la ilusión del mundo interior, hundiéndose en la marea las galerías de la observación pura alzadas en la orilla”<sup>10</sup>. Una de las consecuencias más terribles del sujeto remundanizado que no puede observar, ni ver, es que pierde su privilegio teórico, el que le asemejaba a los dioses, eternos espectadores. Recordemos que la palabra teoría procede del vocablo griego *theorein* que significa ver. Sin distancia no es posible la observación y sin poder observar no se puede hacer teoría, sólo hay prácticas. Así, el hombre queda sumergido en el baño de lo anímico, de lo pre-lógico.

Las consecuencias de la reincrustación del sujeto en el mundo son tan imprevisibles como las circunstancias de la época futura, dice Sloterdijk. Una de ellas es que, paradójicamente, la renuncia a la felicidad ilusoria del apartamiento del mundo no ha favorecido la llegada de una felicidad inmanente, física, fáctica como se pretendía. La razón se encuentra en esa existencia humana que con Heidegger se empotra, sin que pueda distanciarse de ella, en la situación mundana. Y sin distancia, el hombre se entrega a la preocupación, al cuidado de las cosas en las que ahora se halla “envuelto”. Según el autor, “lo que Heidegger llama el “cuidado”, la “preocupación” (*Sorge*) equivaldría a una confesión que el hombre hace al mundo de que él no es capaz de impermeabilizarse contra su infiltración”<sup>11</sup>. Es decir, sin apartamiento, sin distancia, el hombre ya no está inmunizado. Sin orilla en la que hacer pie, queda sumido en el río de la preocupación. O más bellamente: “las cosas exteriores, de las que Marco Aurelio afirmara que estaban apostadas delante de nuestra puerta como extrañas, en realidad habrían ocupado la casa. El presunto señor de la casa habría pasado a convertirse en posesión de los huéspedes, y puede sentirse feliz si le dejan un rincón adonde retirarse”<sup>12</sup>.

Ahora entendemos el subtítulo de esta “Retrospectiva”: de la reincrustación del sujeto en el mundo a la recaída en la preocupación total. Después de tres mil años de evasiones espirituales, la operación epocal de la Modernidad ha vuelto a colocar la existencia humana en el punto de partida en donde habían comenzado las secesiones. Ante esto, tenemos una impresión que es, al mismo tiempo, verdadera y falsa. Es verdad porque lo que buscaba el secesionismo con movimientos verticales más allá de la realidad no ha resistido las pruebas del tiempo y del análisis, pero es falsa en tanto que

---

9 *Ibidem*, p. 359.

10 *Ibidem*.

11 *Ibidem*, p. 560.

12 *Ibidem*.

esos refugios secesionistas guardan todavía los tesoros de ese saber proveniente de la ejercitación espiritual. Precisamente por eso, Sloterdijk nos invita a “rememorar de nuevo todas las formas de esa vida de los ejercitantes espirituales, que no cesan de liberar energías salutógenas, incluso aunque se hayan desmoronado las exageraciones metafísicas a las que al principio estaban incorporadas”<sup>13</sup>. Quizá esas formas antiguas de ejercitación que hemos examinado a lo largo de estas páginas puedan ser reutilizables en formas nuevas. Quizá pueda plantearse otro tipo de secesiones, no que aparten al hombre del mundo, que lo distancien de él, pero sí que puedan sacar al hombre del estar absorbidos por el mundo, de la preocupación, de la apatía, del abatimiento, del atascamiento, de la banalidad.

Esas secesiones nuevas, esos ejercicios nuevos empezarían a recuperar una cierta inmunología que el ser humano necesita para no perecer en la inmanencia. En la “Perspectiva” que cierra el libro, Sloterdijk concluirá que nos hace falta un designio inmunológico global que codifique las antropotécnicas, un horizonte de esfuerzos universales que cooperen entre sí y, más aún, una macroestructura de inmunizaciones globales, un *coimmunismo*<sup>14</sup> que posibilite la supervivencia común. Pero no adelantemos las cosas, examinemos despacio esa perspectiva final.

---

### **III. Perspectiva. El imperativo categórico.**

Tras una necesaria retrospectiva, es el momento de recuperar el punto de vista y desde él mirar hacia delante. A eso dedica Sloterdijk las últimas páginas del libro. La perspectiva conductora ha sido la frase que le da título: “¡Has de cambiar tu vida!”. Este punto de vista es un imperativo categórico, un imperativo ético. ¿Hemos leído entonces un libro de ética? Dejemos la respuesta para la discusión final.

#### **—|| ¿Quién puede decirlo?**

Sloterdijk nos pregunta quién puede decir ese imperativo categórico. ¿La respuesta es Rilke? Suya es la frase que oyó en el Louvre salir de la piedra y que escribió al final de su poema “Torso arcaico de Apolo”. ¿Será que el poeta nos escribe con letras grandes y de su puño y letra, como Pablo en el fragmento de la Carta a los Gálatas, citado por el autor como epígrafe? “¡Has de cambiar tu vida!”... Esta enigmática admonición se ha desprendido de la situación originaria de la cual emergió y ha penetrado en el espíritu general del tiempo, más aún, se ha convertido en el contenido último de las comunicaciones que circulan por el mundo afirmando el mandato estereotipado: “¡Debes ponerte en forma!” Hasta tal punto que “no puede negarse: el único hecho de importancia ética universal en el mundo actual es el reconocimiento, cada vez mayor y difusamente omnipresente, de que así no se puede continuar”<sup>15</sup>. En el presente seminario se ha examinado el alcance de este reconocimiento.

---

13 *Ibidem*, p. 561.

14 *Cfr. ibidem*, p. 574.

15 *Ibidem*, p. 563.



Sloterdijk tiene un motivo más para recordar a Nietzsche, quien fue el primero en comprender cómo debe transmitirse el imperativo categórico incluso en la modernidad. “Has de cambiar tu vida” es un alegato, como quería éste, en contra de la simple reproducción del ser humano y a favor de su constante auto-perfeccionamiento mediante el ejercicio constante de sus distintas facultades. Frente al consenso pragmático de que “de los seres humanos sólo se puede pedir lo que ellos son capaces de hacer en un determinado *statu quo*. Nietzsche contrapuso [...] el axioma originario de que la vida se hace a sí misma ejercitándose, tal como quedó determinado, de un modo definitivo, a partir de la irrupción de la diferencia ética en las formas de vida tradicionales: el hombre sólo avanza mientras busque su orientación en lo imposible”<sup>16</sup>. Y esto ya sea en forma de ejercicios espirituales, al estilo de los instituidos por Ignacio de Loyola, ya a través del trabajo sobre el propio cuerpo como los atletas o los acróbatas, bien por el ascetismo en el cristianismo primitivo o en las religiones orientales.

El autor echa de menos, entre otras cosas, en estos tiempos nada heroicos la cultura del esfuerzo y de la conciencia de la disciplina en la escuela, institución que, aquejada de “auto-referencialidad”, eso es, orientada exclusivamente a normas de su propia actividad, ha abandonado el excedente humanístico y artístico del anterior sistema de cultura burguesa clásica y se manifiesta a la postre incapaz de formar ciudadanos y mucho menos personalidades.

Volvamos a hacer la pregunta: ¿Quién puede decirlo? Sloterdijk responde: “La única autoridad a la que hoy está permitido decir “¡Has de cambiar tu vida!” es la crisis global, de la que todos percibimos desde hace algún tiempo que ha empezado a enviar por el mundo a sus apóstoles. Posee autoridad porque invoca algo irrepresentable, de lo que ella es trasunto: la catástrofe global”<sup>17</sup>. Desde que ella ha empezado a desvelarse en el mundo, hay una nueva forma de imperativo absoluto que se dirige a todos y a ninguno: “¡Cambia tu vida!” y amenaza con mostrar lo vendrá si nos descuidamos en la época de los presagios”<sup>18</sup>.

La nueva religión tiene ahora la forma catastrófica de la crisis global, pero sigue siendo lo descomunal, lo velado, la autoridad que nos exhorta a cambiar de vida. Dios y la catástrofe tienen mucho en común. “Lo que se llamó religión no fue nunca otra cosa que el vehículo del imperativo absoluto en sus distintas redacciones de importancia, según el lugar y la época. El resto es palabrería, de la que Wittgenstein decía, con razón, que se debe acabar con ella”<sup>19</sup>. Si lo que se llamó religión no era más que el medio de transmisión del imperativo absoluto, ese elemento sigue rondando como un fantasma. Sería muy eficaz el suspender voluntariamente la creencia en lo real. Hace falta la desrealidad para sobrevivir en la realidad si estamos incrustados en la realidad. La desrealidad sería una especie de extrañamiento necesario para sobrevivir.

---

16 *Ibidem*, p. 563.

17 *Ibidem*, p. 565.

18 Cfr. *Ibidem*, p. 565.

19 *Ibidem*, p. 566.

## ¶ ¿Quién podrá oír?

Ya sabemos quién puede decir imperativo categórico, pero ¿quién puede escuchar esta catástrofe anunciada y cambiar de vida a tiempo? No parece que sea fácil hacerlo pues “antes de los desarrollos fatales los actores se ejercitan en la escena política, en el arte de no haber entendido los signos de la época”<sup>20</sup>. Sloterdijk se encara con uno de los problemas más graves de nuestro tiempo, ya que si no somos capaces de generar una sabiduría de la inmanencia, aquello que Nietzsche bautizó como “la gaya ciencia”, no lograremos escapar de la religión, y su vuelta, una vuelta marcada por el radicalismo, será inevitable, y aquel proyecto titánico que trajo consigo la Ilustración, esa llamada a la mayoría de edad de la razón, y por tanto de los hombres, se hundiría irremediabilmente en el fracaso. Un desenlace que la Humanidad, según Sloterdijk, no se puede ni mucho menos permitir.

“La vuelta de lo sublime en forma de un imperativo ético con el que no se puede jugar no encuentra preparado al mundo occidental”<sup>21</sup>, lamenta Sloterdijk.

## ¶ ¿Quién lo hará?

“Sea como fuere lo que se emprenda en el futuro para hacer frente a los peligros conocidos estará sujeto a la ley de la creciente improbabilidad que ya domina en una evolución sobrecalentada”<sup>22</sup>. Vivimos en lo improbable y, sin embargo, quisiéramos conquistar lo imposible. Esta ley nos abre la perspectiva de dos enormidades: la catástrofe de la integración globalizadora y la catástrofe de la desintegración que avanza hacia una colisión que no sabemos cuándo sucederá, pero que sin duda sucederá. “El encaramiento del *mount improbable* hasta alcanzar las cimas de una “sociedad” mundial operativamente integrada es vivido como un proyecto vitalizador solamente por las naturalezas que, de suyo, ya son felices. [...] Naturalezas menos felices tienen la impresión de que nunca ha cansado tanto esta condición de ser-en-el-mundo”<sup>23</sup>.

Sloterdijk piensa que tenemos que agradecer a Hans Jonas la prueba de que la lechuza de Minerva no siempre emprende el vuelo al caer la tarde. El principio de “responsabilidad” de Jonas tiene mucho de “cura” (la *Sorge* heideggeriana), que se acentúa cuando el hombre tiene la impresión de no dominar su dominio. “Mediante su transformación del imperativo categórico en el imperativo ecológico ha mostrado la posibilidad de una forma de filosofar proyectada para nuestra época: obra de tal manera que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una auténtica vida humana sobre la tierra”<sup>24</sup>.

Cabe plantearse la cuestión de si es posible encontrar un motivo racional con cuya ayuda fuera factible salvar el abismo existente entre el imperativo de lo sublime y

---

20 *Ibidem*, p. 567.

21 *Ibidem*, p. 567.

22 *Ibidem*, p. 568.

23 *Ibidem*, p. 570

24 *Ibidem*, p. 570.

el ejercicio práctico. “Tal motivo sólo se podría sacar –dejando de lado el fantasma del universalismo abstracto- de una reflexión sobre la inmunología general<sup>25</sup>”. Ésta es sin duda la propuesta de Sloterdijk. Recordemos en este punto brevemente la reflexión sobre la inmunología que nos ha traído hasta aquí.

Toda sociedad funciona como un organismo, y todo organismo, como nos ha enseñado la biología, necesita un sistema inmunológico que lo proteja de diferentes agresiones. En el caso de una sociedad, ese sistema inmunológico está compuesto por diferentes niveles. Tres ejemplos paradigmáticos, para Sloterdijk, serían las leyes, el ejército y la religión. Sobre el tercero nos dice que se ocupa de un tipo de agresiones muy determinadas, aquellas que bien podríamos llamar “metafísicas”. Así, la religión, a través de un tejido simbólico pretende dar respuesta a acontecimientos como la muerte, la presencia del mal y la pregunta por el sentido. Para Sloterdijk, lo que vuelve no son las religiones, a las que describe como “sistemas, malentendidos, de prácticas espirituales” bien en forma de “realizaciones colectivas” o como “prácticas individuales”, sino el reconocimiento de lo que califica de “sistema inmunitario del ser humano”. Para el autor, el hombre desarrolla su existencia no sólo en determinadas condiciones materiales sino inmerso en sistemas inmunológicos simbólicos. Los organismos vivos, las especies, las sociedades, los sistemas en general se convierten en tales, explica el pensador de Karlsruhe mediante el desarrollo de dispositivos de carácter inmunológico y se conservan y reproducen en constante interacción con el mundo circundante. Pero en el hombre se dan, además del puramente biológico como ocurre con todos los seres vivos, otros dos sistemas inmunitarios: el basado en prácticas socio-inmunitarias (jurídicas, políticas o militares), para tratar con agresores vecinos o lejanos, y el que componen las prácticas simbólicas o “psico-inmunológicas”, que nos ayudan a sobrellevar nuestra vulnerabilidad ante el destino y en especial la muerte. Y esto último es lo que explicaría el llamado factor religioso. Desde tiempos inmemoriales, mediante procedimientos de ejercitación física y mental, las distintas culturas han buscado optimizar mejor su estado inmunológico frente a todo tipo de riesgos, señala Sloterdijk, lo que califica de “tensión vertical” a la que debe aspirar todo hombre. “En este plano valdría también la definición de la vida: la “vida” es la fase exitosa de un sistema inmunitario”<sup>26</sup>. Si colapsa, la colectividad muere.

El problema del mundo actual es que no tienen ninguna estructura inmunitaria conjunta que sea eficaz para los miembros de esta *sociedad planetaria*<sup>27</sup>. La inmunología general sería la sucesora legítima de la metafísica, sustituyendo la teoría real de las llamadas “religiones”. La humanidad se convertiría en un concepto político. “Sus miembros ya no serían los pasajeros de *la nave de los locos* del universalismo abstracto, sino cooperantes en el proyecto, totalmente concreto y discreto, de un designio inmunológico global”<sup>28</sup>. Esto movería a una macroestructura conjunta y eficiente de inmunizaciones que Sloterdijk llama *coinmunismo*. “Una estructura así se llama civilización. [Recordemos que Cultura es el reglamento de una Orden]. Las reglas de su Orden se han de redactar ahora mismo, o no se harán nunca. Éstas codificarán las

---

25 *Ibidem*, p. 571.

26 *Ibidem*, p. 571.

27 *Cfr. ibidem* p. 572.

28 *Ibidem*, p. 574.

antropotécnicas acordes con la existencia humana en el contexto de todos los contextos. Querer vivir obedeciéndolas significaría la resolución de adoptar en los ejercicios de lo cotidiano los buenos hábitos de la supervivencia común”<sup>29</sup>.

---

#### IV. Reflexiones finales.

Resulta difícil hacer un balance final. El subtítulo de *Has de cambiar tu vida*, el libro que hemos estudiado, es *Sobre antropotécnica*. Leyendo estas últimas páginas vuelve a surgirnos la inquietud: ¿Será que podría subtitularse también *Sobre ética* e incluso *Sobre biopolítica*? ¿Antropotécnica, ética y biopolítica son lo mismo en Sloterdijk?

Parecería que con semejante extensión, 574 páginas, Sloterdijk tenía muchas cosas nuevas que decirnos en este libro. Para quien, como yo, se adentraba en la obra del pensador alemán por primera vez la novedad ha sido constante. Sin embargo, leyendo a estudiosos más avezados, he comprobado que para ellos la mayor originalidad del texto reposa en el plano de lo estilístico y lo terminológico antes que en el de lo estrictamente conceptual. Lo traigo a colación por si el director, en la discusión final, puede aclararnos si esto es cierto. Es indudable que su prosa es una de las más elegantes que he leído últimamente en filosofía, que su estilo sagaz y provocador nos envuelve desde el principio. Pero, ¿qué tan ajustada es la afirmación de que Sloterdijk apura aquí hallazgos teóricos de libros anteriores y, con una retórica tan abundante como eficaz, los recrea en un amplio escenario, hábilmente dispuesto para que sus tesis luzcan como una obra maestra sobre la condición humana<sup>30</sup>, es decir, que es un maestro del marketing?

Vimos que en el caso del concepto de antropotécnica era ya empleado en *Normas para el parque humano*, y que su sentido se amplía y densifica en este libro hasta convertirse en una pieza clave del enfoque general adoptado en él para contar la historia de las prácticas de autoproducción del hombre por el hombre. En ese sentido, Sloterdijk niega la interpretación del momento presente como el de un retorno de la religión tras el “fracaso” de la Ilustración. Para él, no hay ya religiones en tanto que sistemas articulados, homogéneos y coherentes de creencias comunes, sino prácticas espirituales dispersas, que tampoco encajan en el “parloteo” sobre el trabajo como vehículo de emancipación de clase. Ni el hombre religioso ni el *homo faber*. Lo que retorna hoy día es la apertura de un horizonte antropológico que reconoce eso que Sloterdijk llama “lo inmunitario” del ser humano. Esto quiere decir que los hombres desbordan de continuo su sustrato biológico, exponiéndose a situaciones excepcionales de riesgo, y que por ello se ven obligados a desplegar procedimientos inmunitarios (sociales, psíquicos, simbólicos) que los protejan y mejoren ese singular estado de indigencia. Son estas antropotécnicas, estos trabajos, tanto físicos como mentales, del hombre sobre sí mismo lo que constituye el principal objeto de estudio del libro.

Bajo la perspectiva de la vida humana como ejercicio Sloterdijk engloba Sloterdijk tres mil años de historia del mundo, en los que el hombre ha sentido siempre un imperativo que le prohibía seguir como hasta entonces y le pedía transformarse. Este

---

29 *Ibidem*, p. 574.

30 Cfr. la reseña de Manuel Barrios Casares, “Peter Sloterdijk: *Has de cambiar tu vida*” publicada en *El Cultural* el 30/03/2012.

llamado no es sólo una constante de las más diversas ascéticas, de los pitagóricos a los brahmanes, de los primeros cristianos a las órdenes monásticas medievales. Lo encontramos también en las numerosas figuras modernas de una retirada del mundo cotidiano, sea en el arte de la Secesión vienesa o en el de Kafka. Se trata de la misma voz que escuchara el poeta Rilke al contemplar un torso arcaico de Apolo. Pero también todo el culto moderno al cuerpo, con la explosión del deporte de masas y el acrobatismo generalizado que desde entonces nos invade constituye otro episodio más de esa historia, si bien con un fuerte cambio de acento, que desespiritualiza esas prácticas ascéticas sin abandonarlas. Con su énfasis en esta idea del atletismo como reforma de vida, ampliamente deudora de Nietzsche y del último Foucault (según he podido escuchar en las discusiones de nuestro seminario), Sloterdijk logra dar gran viveza a sus tesis y alcanza interpretaciones ocurrentes, así la de la conversión religiosa como un cambio de entrenador.

Sin embargo, y para concluir, parece que quedan más cuestiones en el aire de las que he ido lanzando a lo largo de este protocolo y relatoría: por ejemplo, ¿con qué criterios se van a orientar las reglas de esa macroestructura global que es el comunismo y sin la cual nos precipitamos a la catástrofe? Coincido con Sloterdijk en que así no podemos continuar. Pero sigue sin estar claro para mí cómo y en qué sentido deberíamos cambiar nuestra vida.